

Necesidades espirituales

2-175
2-103 ✓

("La Nación", Buenos Aires (P. A.) 9 abril 1907)

NECESIDADES ESPIRITUALES

(Para LA NACION)

SALAMANCA, marzo 9 de 1907.

En la introducción del tratado de economía general del pueblo («Grundriss der allgemeinen Volkswirtschaftslehre») de Gustavo Schmoller, leo este párrafo: «Toda necesidad, en cuanto es nueva y se sale de lo tradicional, aparece como un lujo, acabando muy á menudo por justificarse como tal necesidad lo que empezó pareciendo una perniciosa superfluidad». Y no bien lo leo viéneseme á las mientes lo que pasa aquí y en otras partes con los llamados conservadores al respecto de aspiraciones que estiman caprichos de una minoría desasosegada y revoltosa.

El mismo Schmoller dice inmediatamente antes del párrafo citado esto otro que traduzco y sigue: «Durante largas épocas hanse mantenido las necesidades en un nivel casi fijo. Cambian éstas, como es natural, con el rodar del tiempo cuando una técnica más perfecta y un creciente bienestar engendran y permiten un gran aumento en las exigencias humanas. En aquellas otras épocas se logra fácilmente armonizar las necesidades todas entre sí y armonizarlas con un buen estado social, razón por la que los elementos conservadores y los predicadores moralistas defienden como algo que no debe quebrantarse una constitución de necesidades fija, arraigada y dominada por ideas morales. Las nuevas necesidades aparecen fácilmente como sin razón, abuso ó daño, y conducen á menudo á manifestaciones desagradables, á transgresiones inmorales, que hay que combatir mediante prohibiciones, leyes suntuarias contra el lujo, y sermones».

Y, sin embargo, el progreso está ligado á la creación de nuevas y crecientes exigencias en un pueblo, y á conseguir que aquello que es hoy de lujo sea mañana de primera necesidad ó poco menos. Crear necesidades; he ahí el medio de impulsar á un individuo y á un pueblo por el camino del progreso, cuyo resorte íntimo, es la incontentabilidad humana. Un pueblo satisfecho con su estado es un pueblo perdido para el progreso.

Y al hablar de necesidades no me refiero á las meramente corporales, no. Me refiero á todas y muy en especial á las necesidades espirituales, á los anhelos de la inteligencia y del corazón. Un pueblo puede llamarse culto cuando apetece la verdad científica y la belleza artística al igual, por lo menos, del pan de cada día.

A la famosa fórmula del conservadurismo católico: «pan y catecismo» opuse yo alguna vez esta otra: «carne y ciencias», considerando que la carne es para la mayor parte de nuestro pueblo un lujo y tan lujo como es para él la ciencia. Y después de todo ni la carne excluye el pan ni la ciencia excluye la verdad cristiana, aunque excluya el catecismo católico.



VNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDOS.USAL.ES

Los lujos de hoy, pedidos no más que por una minoría, serán necesidades de todo el pueblo mañana. Son siempre las minorías las que empiezan por tener razón de progreso, pues no ha habido verdad alguna descubierta contra un error antiguo que no empezara siendo sostenida por uno contra todos.

No ha mucho que el jefe del partido y del gobierno conservador que hoy administra á España decía hablando de la llamada cuestión religiosa que no es cosa que urja ni ha de preocuparle en primer lugar, puesto que hay otras más apremiantes. Y los conservadores, ultraconservadores y estacionarios de todos los matices no se hartan de repetirnos que eso de la cuestión clerical ó religiosa no es

más que un tópico agitado, á falta de otro, por una insignificante minoría de gente inquieta movida de un espíritu de imitación á lo que en Francia se hace.

Estoy harto de oír razonamientos de esta calaña: «¿estamos tan mal acaso? ¿hay en España tantos españoles que necesiten libertad de cultos? ¿en qué nos molestan las órdenes religiosas? ¿Y si es así, si no sentimos semejante malestar, para qué perturbar el país y querer sacarlo de paz para meterlo en guerra religiosa?» A lo que yo contesto que simplemente el sacarlo de esa paz y meterlo en esa guerra es ya un progreso y un bien.

Cuando se estableció el sufragio universal no falló conservador recalcitrante que dijera: «veremos qué gallina echan los pobres con eso al puchero». Y esta crítica de gallina en puchero, como aquel otro de pan y catecismo, es, en el fondo, todo el criterio conservador. Al pueblo hay que tratarlo como á un buen animal doméstico; darle ferriaje abundante y sano y lo más variado que se pueda, tenerle bien alojado, hacerlo que trabaje moderadamente y dejarle trisear y relajar de cuando en cuando. En cuanto á necesidades intelectuales, estéticas, religiosas, en cuanto á necesidades espirituales en general... el pueblo no debe tener espíritu.

Ocurre no pocas veces que esos suspicaces conservadores, filisteos más ó menos emboscados, no sienten por su parte semejantes necesidades del orden espiritual. Para un católico rutinario, lo mismo que para un volteriano—y el volterianismo es la actitud mental más profundamente conservadora—no existen hondas inquietudes religiosas, y como él no las siente no las comprende en los demás.

Y como lo cierto es que de la que llamamos libertad de conciencia no han de aprovecharse más que los espíritus llenos de anhelo y de inquietudes, discurren esos buenos filisteos que no hace falta semejante libertad donde los unos profesan por hábito una religión y los otros no se ocupan siquiera en que ella exista.

Y esto cuando no hay cierto secreto recelo á toda inquietud espiritual, á todo descentrar al pueblo á preocupaciones y contemplanancias más altas que las de la vida cotidiana. Ninguno de mis lectores argentinos habrá olvidado aquel interesantísimo pasaje de San Martín en sus «Recuerdos de provincia» donde nos cuenta de aquella señora beata que al verle á él,



A Sarmiento, leyendo siempre en su tienda, cuando ella por allí pasaba y siendo el joven hubo de decir: «este mocito ha de ser libertino...» y al preguntarle por qué, respondió: «porque bece ya un año que todos los días y á cualquier hora que pase, está siempre leyendo y no han de ser libros buenos los que lo tienen tan entretenido.»

Un amigo mío, diputado á Cortes y catedrático de universidad, encontró una vez en Madrid á unos jóvenes estudiantes palancas suyos, que se dirigían al Ateneo y hubo de decirles: «¿Al Ateneo? ¡Déjense ustedes de cultura; educar la voluntad y á la política!» ¿Qué entenderá por política este hombre? No necesito añadir que el sujeto en cuestión es diputado conservador.

Ahora se está poniendo de moda en España, entre los conservadores sobre todo, el decir que para gobernar un estado no hace falta ni una gran inteligencia ni una gran cultura, sino que basta con carácter y buena voluntad. Y de aquí el que vayan saliendo sujetos que se dedican á mostrar carácter y acaban en característicos. Porque, si se ha hablado de la simulación y los simuladores del talento con tanta ó más razón podría hablarse de la simulación y los simuladores del carácter y de la voluntad.

Estas doctrinas y sobre todo aquella de la gallina en puchero, son profundamente conservadoras. Los jesuitas recomiendan mucho los ejercicios físicos, y todo género de distracciones que aparten al espíritu de meterse á inquirir los misterios que de dogma se le enseñan.

Buenos y útiles son, sin duda, los deportes pero el deportismo viene á ser como os dije antaño que son las corridas de toros—un aliado del estancamiento espiritual. Rara vez se encuentra un sportsman que se interese por los más altos y nobles ideales de la humanidad. Quien toma el deporte por un fin y no por un medio suele ser un fílisteo, y lo que es peor, un beocio.

¡Dejar al pueblo en paz, y que viva feliz con sus tradicionales creencias! Tal es el principio conservador. Y al pueblo no se le debe dejar en paz, sino que se debe inquietarlo y agitarlo y despertar ó sembrar en su ánimo necesidades nuevas y nuevas preocupaciones.

«¿Qué importancia puede tener eso de la libertad de imprenta—me decía un conservador—en un país en que la mayoría ó son analfabetos ó si deletrean no leen?» Y le respondí: la libertad de imprenta es uno de los medios más poderosos para acabar con el analfabetismo. ¿Para qué se quiere que aprendan á leer? ¿Para leer las simplezas que se les procuran? Me imaginó que un guaraní ó un súbdito cualquiera del Imperio jesuítico no tuviera malditas las ganas de leer si no había de hacerlo sino en las insulsas lecturas que le suministraban los padres.

No se olvide que el impulso más grande que haya recibido la instrucción elemental del pueblo y la primera idea de la enseñanza gratuita y obligatoria partió de la Reforma, por la necesidad que sentía de poner al alcance de todos la lectura de la Biblia.

Se habla mucho contra el jurado y sus excesos, pero lo que yo veo es que la ins-





titución del jurado es el mejor medio para despertar en el pueblo el interés por los problemas jurídicopenales. Y vale más que el pueblo se vaya formando una conciencia jurídica suya propia—no la que quisieran imbuirle los legistas—aun cometiendo injusticias, que no que reciba pasivamente la justicia histórica que se le rinda.

Todos mis lectores argentinos saben cuál fué el secreto de la popularidad—que indudablemente llegó á tenerla—de aquel tirano que se llamó Rosas. Parece indudable que fué algún tiempo idolo del pueblo incauto, cuyas necesidades se reducian á comer, beber, cantar, montar á caballo y engendrar hijos. Las otras necesidades, las más elevadas, sólo las sentia entonces una minoría de espíritus cultos, europeizantes—este era su pecado para con los otros—que miraban al porvenir. Eran los pensadores, los literatos, los artistas y tuvieron que emigrar los más de ellos. Su caudillo, Sarmiento, llamó muy bien á aquella lucha la lucha entre la civilización y la barbarie.

Aquel gran demagogo—casi todos los tiranos son demagogos—parece ser que no robaba y era á la vez el representante de cierto indigenismo bravío y selvático. Representaba el odio al frac, como decía muy bien Sarmiento. Y simbolizaba, sobre todo, las pasiones malsanas de la campesía, el recelo y el odio á la cultura ciudadana, aun siendo ciudadano él. Uno de sus principios era el respeto á la religión tradicional, creyera él personalmente lo que creyese. ¿Qué le importaba la insipiente muchedumbre que lo aclamaba, el que se persiguiese á los «salvajes, asquerosos é inmundos unitarios» si la libertades que éstos propugnaban no le servían, por de pronto, de nada á esa muchedumbre?

La gallina no vuela y sin embargo, vive muy feliz, se dice. Pero si una ave enérgica y revoltosa se metiese en un gallinero y obligase á los gallos y gallinas á volar, es seguro que los pobres animalitos protestarían al punto de los inútiles esfuerzos á que se les quería someter y aclamarían al amo del gallinero si éste expulsaba ó mataba al ave revolucionaria, mas si pasado algún tiempo de este régimen llegaba una generación de gallinas y gallos voladores es seguro que éstos no querrían volver á la apacible existencia de sus mayores, ni aun á costa de una mayor seguridad de pitanza. Vale más poder volar sin tener la seguridad del grano de mañana que no vivir dentro de un bien repleto granero y con las alas inertes ó cortadas.

Hoy un Rosas sería imposible en la Argentina y es que las necesidades de orden espiritual elevado que eran entonces privilegio de unos pocos ciudadanos cultos que miraban al porvenir, son hoy condición indispensable de la vida de los ciudadanos todos ó de casi todos ellos, por lo menos.

El cuidado si no exclusivo, por lo menos casi exclusivo de los intereses económicos, y la preocupación exclusiva por el progreso material es uno de los rasgos característicos de todo conservadurismo. Para



el arte de la cultura, la honda cultura, la honda y honda a la vez, no es a lo sumo más un adorno ó una distracción, una especie de retórica ó de pintura de paisaje para decorar las paredes de casa.

Leyendo yo el tan conocido libro de Mr. Balfour, ex presidente de un gabinete conservador inglés, sobre las bases de la creencia («The foundation of the belief»)



y notando las sutilezas teológicas en que se mete y el estado de noble inquietud de espíritu en que todo ello hace suponer al autor, me decía: ¡cuán otros son estos conservadores! No conozco uno de los nuestros—de los de talla, quiero decir—que se haya cuidado nunca de averiguar por qué el Espíritu Santo viene del Padre y del Hijo juntamente y no del Padre sólo, como obliga á creer la Iglesia cuyo credo quieren tan celosamente defender. Para ellos la religión no es más que una fuerza social, y aun menos, política, una especie de salto de agua que hay que saber aprovechar como decía «Clarín» hablando de Silvela, nuestro gobernante y prototipo del conservador católico vorteriano.

La falta de espiritualidad de nuestros políticos es aterradora. Los que se ponen del lado de la Iglesia no han sentido, por lo común, jamás inquietudes ni preocupaciones de orden religioso y basta oírles hablar de eso que hemos dado en llamar la cuestión religiosa para comprender que no se les alcanza, ni poco ni mucho, su aspecto estrictamente religioso.

Decía Luis Veuillot de Montalambert que él creía ser católico liberal y no era más que orador. Y así hay muchos, que creen ser paladines de la causa de la Iglesia ó de otra cualquiera y no son más que oradores. Hay aquí cierto famoso orador carlista, imitador de Donoso Cortés, quien á su vez fué imitador de De Maistre, cuyo orador se sirva del catolicismo y de la Iglesia y de la patria para rellenar párrafos tan sonoros como vacíos y modernos con excursiones históricoretóricas faltas de todo jugo. Lo que no oís nunca es el grito de la pasión verdadera, la voz del corazón, el rumor de las aguas eternas del espíritu. Todo es exterior en semejantes gentes.

Carducci dijo de los conservadores de todos los tiempos que son «insolenti, villani e svergognatamente triviali» y esto áttimo se verifica aquí y no sólo con los conservadores sino en general con casi todos los profesionales de la política.

No conozco, en efecto, nada más desvergonzadamente rampón que un político profesional, que un hombre que hace profesión de esto que llamamos política—no de la ciencia política, que ignoran por lo común los diputados, senadores, gobernadores y gobernantes de profesión—sino del tejemaneje electoral y parlamentario, de la política de partido.



Nececidades espirituales.

6

¿Cómo han de comprender esas gentes que el obligar á los católicos á que contraigan matrimonio canónico, si es que su matrimonio ha de surtir efectos civiles no pasa de ser una impiedad que tiene que revolver á toda conciencia profundamente religiosa, sea católica ó no?

¿Cómo van á comprender que una sanción civil para obligar al cumplimiento de un deber religioso—y sanción civil es negarles matrimonio con efectos civiles, si no declaran previamente no ser católicos—es un atentado á la santa libertad de la conciencia? Sólo faltaba que se obligase á comer de cuaresma en las fondas y restaurantes públicos á todos los que no hagan previa declaración de no ser católicos.

La más desvergonzada ramplonería nos arrastra á la miserable existencia de gallinas de corral de panza repleta y de alas inertes. Habrá que emigrar.

MIGUEL DE UNAMUNO.



UNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDO.SAL.ES